

## EL LEGADO DEL BICENTENARIO

TEOFÍLA MARTÍNEZ SAIZ

*(Discurso de ingreso como Académica de Honor)*

Llego esta tarde ante ustedes a fin de interesar su benevolencia para las palabras que, bien intencionadas, voy a tener el honor de dirigirles, así como para proclamar públicamente mi total agradecimiento a esta centenaria Institución que me ha brindado la posibilidad de tenerme por una de los suyos.

Lo hago dentro del respeto que ello supone y, como les digo, plena de gratitud a sus miembros por haberme ofrecido este inmerecido galardón de tenerme como parte de su Cuerpo Académico al ofrecérseme el nombramiento de Académica de Honor, gesto amable y generoso del que no quiero quede desprendida esta gratitud que les refiero y del que, desde el primer momento de mi intervención, Excelentísima Señora Directora, Excelentísimos e Ilustrísimos Señores Académicos, me gustaría que quedara constancia de todo ello y que, con mi mayor fervor, les quiero dejar expresado.

Y en estas primeras palabras, permítanme que haga un singular apartado de agradecimiento a las inmerecidas palabras laudatorias que, sobre mis trabajos y sobre mi persona, ha volcado con tanto afecto por su parte como tan inmerecidas virtudes por la mía, el Excelentísimo Señor Don José Pedro Pérez-Llorca y Rodrigo, Académico de Número y Académico Adjunto a la Dirección en Madrid donde, tantas otras muchas cosas, por otro lado, le encomendamos los gaditanos a tan ilustre cosario que, de manera tan generosa y entregada, ante la Villa y Corte de Madrid, se esfuerza por llevar a cabo con la mejor de sus amabilidades y con el empeño de sus mejores gestiones.

Ni que decir tiene que soy consciente de que ese afecto que desde hace tantos años me ha prodigado, como en los viejos vinos y en los hermosos sonos de nuestro flamenco, es también para esta recipiendaria como “de ida y vuelta”, dados los idénticos sentimientos que por su persona y por sus trabajos siento yo misma desde hace tiempo ya.

Gracias, muchas gracias, notable Académico, gaditano de pro, querido amigo, Preclaro Hijo Predilecto de esta ciudad y Padre de nuestra actual Constitución, por su favorecedora visión de mi persona, por tan benévola y benéfica liberalidad de esas palabras que no merezco y por traer, ante este ilustre auditorio, sus mejores argumentos en pro de esta modesta Aparejadora que, un día, encontró su destino en esta maravillosa ciudad, recompensado por esa gran oportunidad de abrir para ella las puertas de todo un vasto continente, o de la exótica visión de unas maravillosas islas en el Oriente donde puede seguir usándose y sonar la vieja lengua castellana, crisol de antiguos idiomas en el que bien han quedado mezclados en su latino armazón, afianzado en sus griegos cimientos, el aderezo particular de los impetuosos sonos del árabe musulmán o las amorosas remembranzas de la lengua ladina de nuestros compatriotas sefardíes y que, hoy, a cinco siglos vista del primer encuentro, siente, negocia, canta o llora en un idéntico son en tan vasto continente como es América o aún se puede encontrar en tan exóticas tierras como las que se asientan en el archipiélago filipino.

Estoy segura de que, en sus amigables palabras, ha primado más ese sentido de mutua amistad y recíproco afecto que, gracias a Dios, nos deparamos que cualquier otra reflexión sobre mis posibles méritos, siempre tan lejanos y apartados de los que les corresponden a todos ustedes, Ilustres Académicos, por sus conocimientos, por sus investigaciones y por su constante esfuerzo en el general aprecio de las Ciencias, las Artes y las Letras en el universo hispano americano, o en nuestras añoradas islas españolas del Mar de la China, a través de esta lengua que compartimos con las jóvenes naciones de la Comunidad Hispano Americana en un mutuo sentir y entender.

\* \* \*

Si me llegan a decir hace dieciocho años, cuando, por la voluntad de tan amables gaditanos, accedí a la Alcaldía de la ciudad sellando con Cádiz un pacto de servicios y de entregas, con la oportunidad singular de haber podido contribuir a su reafirmación como Municipio y referencia para muchas otras ciudades americanas o europeas, que iba a convertirme en Académica de este Ilustre Corporación, no me lo hubiera creído ni tampoco muchos de ustedes.

Así que, ya les digo, me presento antes ustedes conmovida, plena de ilusiones y abundante en agradecimientos, con el deseo de poder compartir con este Cuerpo Académico gaditano el noble afán de colaborar en el enaltecimiento del Arte, de las Ciencias y de las Letras en este maravilloso espacio del mundo conocido por la Hispanidad que, desde Oriente a Occidente, en ese largo recorrido de nuestra historia desde el Atlántico al Pacífico y hasta los mares de China, con algún guiño singular al África permanente, entiende esta cultura nuestra en un mismo idioma.

Y lo hago ante todos ustedes y, de manera especial, ante mis nuevos e ilustres colegas, los miembros de esta Real Academia, solicitando su indulgencia por haberme atrevido a decir que sí a tan amable invitación de compartir con ellos sus afanes desde este señero y centenario Instituto, fruto quizás de la que, en el último cuarto del siglo XIX, se denominara Academia de Ciencias y Letras de nuestra ciudad, prometiéndoles, dentro de lo que me permitan la Ley y las buenas costumbres, cultivar sus principios fundacionales, abonar en lo preciso el tronco de sus tareas y cooperar en la recogida de sus frutos para llevarlos a todos los rincones del Mundo en los que fuere preciso estar.

Vengo a esta casa amablemente designada por ustedes como Académica de Honor y continuando en tal distinción al Excmo. Sr. D. Juan Velarde Fuentes, Maestro de la Ciencia Económica, Doctor y enseñante de largas generaciones de Economistas que hoy gozan de prestigio profesional por haber recibido de tan insigne Profesor sus mejores enseñanzas. Y me uno a esa ilustre relación de Académicos de Honor que, actualmente, encabeza Su Majestad la Reina D<sup>a</sup> Sofía y que conforman hasta mi ilustre antecesor el Profesor Velarde, los Excmos Señores Académicos de Honor D. Delfín Colomé Pujol, D. Hugh Thomas, D. Geoffrey Parker y D. Salustiano del Campo Urbano, todos ellos merecedores sin duda de tan preciada distinción, pero accedo también a la larga senda común que, desde su fundación, compartieron Ayuntamiento y Academia, cosa que, como servidora de Cádiz, me reconforta y conmueve particularmente.

Por ellos, y en su recuerdo, les ruego disculpen por si abusara de su atención al traer ahora a colación ante ustedes los nombres de tantos y tantos munícipes que compartieron, y aún alguno comparte, gracias a Dios, sus tareas como Académicos de este noble Instituto, comenzando, como es natural, por quien fuera primer Presidente también de esta Ilustre Corporación y notorio Alcalde de la ciudad que, entre otros empeños, presidió los trabajos y coordinó los esfuerzos por hacer del I Centenario de la Constitución de 1812 un hito histórico de reflexión común para los pueblos de América, Filipinas y España, el Excmo. Sr. D. Cayetano del Toro y Quartiellers, de perpetua memoria en esta Casa.

Y a su venerada memoria le fueron siguiendo después, a lo largo de los años, muchos otros Alcaldes deseosos también de que la ciudad contara con una Institución como la nuestra, que acrecentara el estudio y la inquietud por las Ciencias y por las Humanidades y se preocupara del esplendor, la limpieza y la claridad del idioma común en el que todos los hispanoamericanos nos entendemos y, así, los nombres de D. Enrique Álvarez López, D. Francisco Clotet y Miranda, D. Joaquín Fernández Repeto, D. Manuel García Noguerol, D. Sebastián Martínez-Pinillos y Tourné, D. Juan de Dios Molina, D. Manuel de la Pinta o D. Emilio de Sola y Ramos, entre otros Alcaldes de Cádiz que, junto a otros munícipes, compartieron tarea como Académicos, siendo igualmente parte de la Corporación Municipal, circunstancia que, como les decía, aumenta aún más si pudiere la sentida emoción que en este momento me embarga.

A ellos sucedo, pues, en este incorpóreo sillón de la Real Academia Hispano Americana de Ciencias, Artes y Letras.

\* \* \*

¿De dónde y por qué el lema de este discurso? ¿Qué quiero plantear ante ustedes con el Legado de Cádiz 2012?

Reafirmarnos todos como ciudad a través de un fuerte basamento, de la fortaleza de un común espíritu que a todos nos sirva de referencia y pueda prender en nuestros corazones el lícito orgullo de sentirnos hijos de una historia común y apóstoles de una manera y de una forma de sentir y de vivir entre nosotros y para los demás.

Aprovechar, pues, cual continuación de aquel primer empeño de nuestro recordado D. Cayetano, y en favor de todo este Mundo Hispano Americano, la corriente de todo lo que hemos celebrado, de todo lo que hemos organizado, como feliz nutriente para el desarrollo de nuestro futuro como Ciudad de Encuentros y para poder contribuir con este Legado a lo que, por el Bicentenario de nuestra primera Constitución, hemos generado, todo lo que hayamos podido metabolizar con el fin de que el nombre de Cádiz pueda volver a sostenerse con lícito orgullo tanto en el ámbito americano como en el de los principios constitucionalistas, con toda intención de no volver a dejar caer a Cádiz en la lasitud y en el abandono que siempre nos perjudicó.

\* \* \*

Voy a pedirles, doctos Académicos, amigos todos en general, su grata benevolencia una vez más a fin de intentar adentrarme en el hondón del arcano y aventurarme en la larga

historia de nuestra ciudad para poder reafirmar y reforzar este futuro nuestro que es de nuestra responsabilidad construir.

Porque, ¿qué es Cádiz al fin y a la postre? ¿Qué papel nos ha dado la historia a lo largo de todos estos treinta siglos de nuestro existir? ¿Cómo se muestra mejor el ADN de esta ciudad?

Sin duda en que nacimos para el encuentro y en que los desencuentros nos llevaron al más largo tramo del exilio interno rayano, sin duda, en la oscuridad y en el olvido durante tantos siglos por haber abandonado precisamente nuestra inicial condición de ciudad para el encuentro.

Los estudiosos de la Historia cifran nuestra vida como ciudad en poco más o menos estos tres mil años de existencia que tanto nos gusta recordar a los gaditanos en garantía de nuestra esencia de vida.

De estos treinta siglos, sus primeros mil años se consumieron en el encuentro de tantos pueblos y tantos pueblos que pasaron por aquel viejo Gadir, mercado y puerto fenicio, bastión de Cartago en el Occidente u orgullosa Gades, hermana de Roma, en cuyos siglos se hunden la historia y la leyenda. Una ciudad de encuentros a la que, de todos los confines de aquel viejo mundo reducido, acudían y partían flotas y bajeles de tan distintas procedencias y de tan diversos orígenes como tan variada mercadería se aportaba en las arenas de nuestras playas, frente a los fondeaderos de nuestra Bahía.

Ese era el Cádiz del enclave gaditano, la mítica Gadeira de Cotenussa, Eritheya y Antípolis, el enclave de las Islas de Cádiz y de León frente a las tierras de enfrente tributarias de Tharsis y asentadas en torno al viejo Río, un espacio para el encuentro de los pueblos que venían de la mar y los pueblos que habitaban la tierra larga, ancha y generosa de la vieja Andalucía, tierra de mitos y versos, de dioses y religiones, de prefectos y comerciantes que, en el mercadeo de sus posibilidades, tenían al Cádiz nuestro de aquellos pasados siglos proyectado ya más allá de las columnas, más allá del mundo conocido, y preparándose, quizás, para el despliegue final de las naves descubridoras de un Nuevo Mundo que estaba por venir.

Ese era el espíritu de Cádiz que nos conviene recordar, el Cádiz de nuestras esencias, la ciudad ideal del comercio, el puerto de los encuentros y el fondeadero de donde levar anclas para seguir al sol en su discurrir y surcar los mares hacia un Mundo Nuevo.

Un Cádiz que, por algún misterio no definido certeramente y ciertamente estudiado por muchos, por alguna razón donde imperara el desencuentro, cayó en el olvido durante poco más de otros mil años en los que prácticamente dejó de existir porque no se dieron en tan aciagos siglos las circunstancias propicias de ese fenómeno del encuentro, que es lo que le da a Cádiz el sello de idiosincrasia, de pertenencia y hasta de supervivencia.

Mil años de opacidad y de abandono, un tercio de nuestro existir que cayó en la oscuridad de la historia, ciertamente, que por una maldita situación de desencuentros nos apartaron del curso de la Historia, pero mil años también, sí, a la vista de lo que les voy a proponer, que deberían de servirnos como acicate tenaz para que nunca más vuelva Cádiz a sumergirse en la profunda sima del olvido.

Y al final de ese largo tramo de nuestra Historia en el que el Asia vieja y musulmana, la impetuosa África mediterránea y la Europa cristiana acaparaban la atención de todo encuentro, la luz volvió de nuevo a encenderse entre nosotros con el Sabio Rey Alfonso, hijo de San Fernando, Rey de Castilla, apostándose de nuevo por este emplazamiento en el litoral del enclave gaditano para que, en el mismo, se asentaran nuevos pobladores, muchos de ellos provenientes de mi Montaña natal, quienes poco a poco, y en el transcurrir de los años, se fueron convirtiendo en los nuevos gaditanos, dispuestos a retomar el empeño de la mar y seguir el curso del Sol en su diario viajar hacia el Poniente, donde volvería a darse para nosotros la posibilidad de un nuevo encuentro.

De nuevo fondearían naves y bajeles en las aguas de nuestra Bahía. De nuevo volverían a echar sus anclas en nuestras aguas los barcos que, incorporando a bordo esforzadas tripulaciones, nos sacarían otra vez de nuestras costas en busca de nuevas tierras y, por fin, otra vez se volverían a calar los amarraderos que atraerían a los de otras riberas.

Y, a poco más de dos siglos y medio de ser de nuevoalzada la Santa Cruz en nuestra roca, en su poderosa torre cuadrada que mira desafiante al Mar Tenebroso, ya estaban esperando salir de nuestros incipientes varaderos aquellas carabelas que pronto pondrían sus proas rumbo al Nuevo Mundo, verdaderas adelantadas de los poderosos galeones que, pocos años más tarde, armados en fuertes flotas, cruzarían una y otra vez la Mar Océana, reafirmando en Cádiz el permanente anhelo del encuentro.

Es el Cádiz de ida y vuelta, la América de ida y vuelta, la Nao de Manila, Veracruz, La Habana, Cartagena de Indias, Montevideo.

El Cádiz de Buenos Aires y de Guayaquil, de Santiago de Chile y de San Juan de Puerto Rico, el Cádiz que llevaba a Quito o a Méjico la Cruz, la Lengua y la Ciudad Ordenada, de nuevo el Cádiz de los Encuentros.

Y así surge entonces a la historia América, un nuevo territorio en el que van a encontrarse dos culturas, la propia y natural de sus pueblos y sociedades que de Sur a Norte y de Este a Oeste se extendían por aquel vasto continente y la que, a sus nuevas tierras, por Cádiz se trasladara desde la vieja España a las Indias Occidentales hermanándose por fin ambos hemisferios del Mundo y arraigándose en este encuentro un nuevo lazo y un nuevo pueblo formado, desde el más puro indigenismo, en los nuevos mestizajes o en la condición criolla. Había vuelto a emerger el sentido de ciudad de los encuentros.

Y es justo recordar el amor y el afecto que, desde muy temprano, digan lo que digan muchos detractores, sintió la Corona española por aquellos territorios y por sus primigenios pobladores, sustentados en aquel magnífico monumento del Derecho Público, del Derecho de Gentes, como supuso la Recopilación de las Leyes de Indias. Y lo es porque muchas veces y en muchas ocasiones se ha denostado nuestra actitud en este encuentro con América, provocando con ello desde fuera un forzado alejamiento entre nuestras gentes.

Permítanme traerles a su atención, por un momento, lo que decía en su Título Primero el Libro VI de aquel magnífico Código refiriéndose a los indios:

Habiendo de tratar en este libro la materia de Indios, su libertad, aumento y alivio, como se contiene en los títulos en que se ha confirmado, es Nuestra Voluntad encargar a los Virreyes, Presidentes y Audiencias el cuidado de mirar por ellos, y dar las órdenes convenientes, para que sean amparados, favorecidos y sobrellevados, por los que deseamos, que se remedien los daños, que padecen, y vivan sin molestia, ni vejación, quedando esto de una vez asentado, y teniendo muy presentes las leyes de esta recopilación, que les favorecen, amparan y defienden de cualesquier agravios, y que las guarden, y hagan guardar muy puntualmente, castigando con particular, y rigurosa demostración a los transgresores. Y rogamos y encargamos a los Prelados Eclesiásticos, que por su parte lo procuren como verdaderos padres espirituales de esta nueva Christiandad, y todos los conserven en sus privilegios, y prerrogativas, y tengan en su protección.

Y para sublimar aún más ese deseo de encuentro que se quiso tener entre la Corona y aquellos originales pobladores del Nuevo Continente, el respeto por sus costumbres, el aprecio por sus personas y las ansias de encuentro entre ambos hemisferios, conviene que nos fijemos en la Ley II que establecía “que los indios se puedan casar libremente, y ninguna orden Real lo impida”. Y qué mejor encuentro entre personas que el propio matrimonio y la familia:

Es Nuestra voluntad, que los Indios, e Indias tengan, como deven, entera libertad para casarse con quien quisieren, así con Indios, como con naturales de estos nuestros Reynos, o Españoles, nacidos en las Indias, y que en esto no se les ponga impedimento. Y mandamos, que ninguna orden nuestra, que se huviere dado, o por Nos fuera dada, pueda impedir, ni impida el matrimonio entre los Indios, e Indias con Españoles, o Españolas, y que todos tengan entera libertad de casarse con quien quisieren, y nuestras Audiencias procuren, que así se guarde, y cumpla.

Quisieron ser estas leyes las leyes de un encuentro entre dos pueblos, este audaz pueblo nuestro heredero de descubridores y de avanzadas y aquel pueblo virgen a nuestras historias, conglomerado de razas y civilizaciones que, desde el más profundo arcano, había poblado aquel ignoto continente nuevo y que no se había relacionado aún con esta parte del Mundo en la que se asienta Eurasia, fruto granado de ricas civilizaciones ubicadas en las márgenes de los feraces ríos que la surcaban.

Los viejos imperios mesopotámico, egipcio, persa o hitita, que dieron paso a las feraces civilizaciones del Mediterráneo en Israel, Grecia o Roma, extendida más allá del Rhin por la patria germánica o allende el Canal hasta el Muro de Adriano, consolidaron nuestra forma de ser, que nos permitió abrir camino a través de la Ruta de la Seda o de otros pasillos comerciales a las lejanas y exóticas tierras de la inmensa geografía de los imperios asiáticos del Lejano Oriente, como si todo se hubiere consumado ya.

Pero las naves de Europa, las naves cristianas, principalmente las naves portuguesas y castellananas, surcaban ya con cierta comodidad los mares abiertos en busca de especias y nuevas mercaderías. Y las Cruzadas, en su empeño por rescatar de otras manos la Tierra Santa de Nuestro Señor, afianzaron en el Cuerno del Creciente Fértil, en busca del lejano Cipango, los puentes tendidos por los invencibles ejércitos de Alejandro Magno hasta donde parecía que el Mundo llegaba a sus últimos confines.

Pero no, no todo estaba terminado ni acabado. La maravillosa obra del Creador no podía circunscribirse a un espacio recortado en medio del Universo, algo habría más allá de

las feraces islas Canarias, Azores o Madeira, más allá del ignoto y tenebroso Mar al que nuestro mítico y hercúleo fundador había abierto puerta entre Calpe y Abyla.

Y todo surgió de nuevo cuando Cádiz volvió a convertirse en ciudad en tiempos de aquel Sabio Rey, Don Alfonso de Castilla, resuelta ya tan larga guerra, como agónica contienda, que se había estado librando durante siglos en nuestro solar patrio frente a aquella otra civilización que, en ese constante progresar de los pueblos antiguos, nos había llegado a Hispania desde las cálidas arenas de la península arábiga o de las intrigantes cortes califales mesopotámicas.

En aquel entorno, en aquel sugerente escenario de la Historia, se estaban alzando las cortinas para dar paso al estreno de la más nueva y más atrayente obra de la Humanidad, el encuentro con América, y sus protagonistas, sus primeros actores, fueron seleccionados para que iniciaran su gira por estas tierras del Sur de Europa, por este mediodía español donde se había fundido en un común ADN el aprecio y el afán por encontrar nuevas tierras y nuevas civilizaciones. Y así, Cádiz empezó a prepararse de nuevo para esta historia como, antaño, se preparara para ser puerto fenicio o puerto romano.

Será el tercer Cádiz, si el primero pudiera ser el Gadir donde se encontraran fenicios y tartesos o cartagineses e iberos y, el segundo, el Gades romano, encuentro de imperiales y godos, y hasta puerta para los nuevos pueblos musulmanes en su empeño por conquistar a galope el Occidente cristiano.

Este Cádiz tercero será el del encuentro con los americanos, con las nuevas tierras, con los nuevos empeños de descubrir nuevos pueblos y nuevas civilizaciones, abriéndose así ese Cádiz afanado por los descubrimientos y esforzado por organizar toda suerte de expediciones a ese Nuevo Mundo que se acababa de descubrir desde este gastado Mundo Viejo del Éufrates, del Nilo, del Ganges o del Rhin: el despertar de un nuevo encuentro.

Y es la Cádiz de entonces, la de los siglos XVI y XVII, la que comparte con Sevilla el llamado Comercio de Indias, la que enfrenta una vez más sus posibilidades mercantiles como ciudad franca frente al establecimiento voraz de la administración y la oficialidad institucional asentada en la ribera del Gran Río, la que siente y observa en sus aguas las flotas de aquellos galeones de Indias y en sus calles la presencia de tripulaciones y agentes del comercio, el bullicio de los sonos de dispares lenguas e idiomas, lo exótico del encuentro con los nuevos pueblos, mientras que Sevilla, desde su Casa de Contratación, administra, nombra o juzga las nuevas situaciones que han de darse en aquellas nuevas tierras para que funcione la Corona española.

Así pudo ser tal vez, pero el encuentro de los pueblos, el son evocador de las hablas, el trasiego de embarcaciones y tripulaciones, comenzaba a asentarse en Cádiz, primero, en las aguas de nuestra Bahía y, de inmediato, en las calles, iglesias y plazas de nuestra ciudad. Comenzaba para Cádiz el Siglo de Oro en lo mercantil, feraz semilla de lo que, pocos años más tarde, a principios del Siglo XIX, eclosionara en Cádiz, por su pluralidad y por sus inquietudes ante lo nuevo, en el Siglo de Oro en lo político, culminado en ese magnífico monumento a las libertades constitucionales que aquí se erigiera el 19 de marzo de 1812. De aquel ansiado reencuentro en lo comercial, en lo mercantil, se pasó, sin darnos cuenta, al estar en sazón ya en nuestro arcano, al encuentro de las libertades y al plantel de las nuevas independencias iberoamericanas.

\* \* \*

Cádiz ha tenido ya la oportunidad de celebrar dos Centenarios de la promulgación de tan venerable Código donde se estableciera España como reunión de todos los españoles (“una vez más, la idea del encuentro como sólido cimiento, en esta ocasión, para armar un mejor sistema de entendimiento y convivencia”), y que España no sería ya propiedad de ninguna persona ni familia (“un sistema de responsabilidad para esa convivencia entre iguales”), y, en las dos ocasiones, ha levantado con orgullo y brío la necesidad de ampararse bajo el común estandarte del encuentro hispano americano en la reunión de españoles de ambos hemisferios.

Hace poco más de un siglo, cuando regía el Cabildo Municipal el eximio fundador de esta noble Institución, D. Cayetano del Toro y Quartiellers, también Cádiz adolecía de cierta apatía y abulia al haberse desmontado la esencia de su existir, que no fue otra que la perdida relación comercial que, hasta poco antes, se había mantenido con las provincias americanas, audiencias o virreinos, y que había comenzado a desmoronar ya el porvenir de nuestra ciudad.

¿Y qué pasaría por la mente de tan insigne prócer y regidor excelso de nuestra ciudad? Pues, seguramente, que la recuperación de sus esencias, la restauración de su orgullo, la esperanza de sobrevivir y sus mejores herramientas para tamaña aventura, tendrían que venir por convertir otra vez Cádiz en ciudad de encuentros y en ciudad portuaria de nuevo ya que, por el mar, por la mar, vinieron nuestras felicidades y, por tierra peligraron nuestros infortunios, comenzando dicha recuperación con aquella imponente Exposición Marítima y siguiendo con su ensanche natural de acercar el puerto a la ciudad haciéndolo visible como parte intrínseca de la misma y, por qué no, al albur de ese Primer Centenario, aún en años tan difíciles para España por su proximidad y práctica contemporaneidad a los de la pérdida de nuestros últimos territorios de Ultramar, o proponiendo como útil instrumento esta Real Academia Hispano Americana, que acaba de cumplir por ello su primer Centenario, como ese nuevo lugar de encuentros para quienes habían sido españoles de ambos hemisferios.

¿Qué es lo que pretendería D. Cayetano del Toro desde su gobierno: dejarnos que nos lamiéramos las heridas y llorásemos, o ilusionarnos de nuevo con el encuentro y, en este caso, con Hispanoamérica? Pero, malhaya sea, tanto él como el Ayuntamiento que presidía se encontraron también con graves problemas, de orden económico unos o institucionales otros, sí, pero, aún así, pese a los inconvenientes, la proyección de su mensaje estaba ahí: Cádiz podría volver a ser ciudad de encuentros y qué mejor encuentro que con aquellas naciones y sus ciudadanos emergidos del encuentro para la renovación de lo español y de lo americano a raíz de la Constitución gaditana.

\* \* \*

Hasta que se aproximaron los años del Bicentenario, los de su preparación y el de su celebración, en los que hemos ido tejiendo desde Cádiz esa red vital de encuentros con tantas y tantas ciudades e Instituciones hispanoamericanas, nos hemos ido aproximando unas y otras con afecto por un común pasado y con unas raíces vitales en que afirmar nuestro futuro.



Ya se habían empeñado voces poderosas en emponzoñar durante estos últimos años las relaciones hispanoamericanas, sí, y muchas de ellas, desgraciadamente, desde dentro, desde la vieja España. Y desde la joven América también, donde las diferencias entre criollos e indígenas, entre descendientes de esclavos o inmigrantes del Viejo Mundo, podrían alimentar esas diferencias destructivas.

Y también por nuestra propia historia de abusos y violencias, por qué no recordarlo, pese a ese magnífico monumento jurídico-político sustentado en las recordadas Leyes de Indias, tan generosamente armado y tan despiadadamente abandonado en esa dolorosa historia común entre españoles de allí o españoles de aquí, sin olvidar las injerencias externas que desde otros países nos llegaban.

¿Cuál puede ser, después de estos dos siglos de Constituciones y de Independencias, el papel histórico de la ciudad de Cádiz, puerta de ida y vuelta, del amado Nuevo Mundo?

Cádiz no puede, no debe ser otra cosa que el renovado punto de encuentro de la América y la Europa del siglo XXI.

Esa vocación de antaño no es casual, y este Cádiz que atravesó del siglo veinte al nuevo Milenio con la misma valentía que hace cinco siglos atravesara el Atlántico, quiso, precisamente en estos albores del veintiuno, prepararse para celebrar con América el Bicentenario de su gesta más gloriosa.

Y la oportunidad que, con una conmemoración como los doscientos años de la Constitución gaditana, se nos brindaba, fue preparada con los suficientes años de antelación para que Cádiz y América, América y Cádiz, volvieran a sonar juntas de nuevo.

Durante diez años, con los recursos propios del Ayuntamiento y sin dejarnos llevar por la tentación de contratar agentes externos al mismo de notorio coste -que esta ciudad no podría soportar-, nos pusimos a trabajar funcionarios municipales y equipo de gobierno para ir tejiendo una red en la que, poco a poco, a veces con claros recelos y muchas más con esplendorosa generosidad, iban empezándose a cosechar los primeros frutos de este empeño, por mor de aquella Constitución de los españoles de ambos hemisferios.

Ese fue el verdadero desafío al que quisimos enfrentarnos con tesón y voluntad: que este año del Bicentenario no fuera sólo una conmemoración de un hecho histórico concreto, sino lograr -y ese era nuestro verdadero reto- que la ciudad de Cádiz estuviera a la altura de tan alta responsabilidad como ha sido la de ofrecerse cual escenario idóneo para el reencuentro, para la reunión de todos quienes formábamos el universo hispano americano, un mismo idioma, una misma fe y un posible futuro en común y, con ese planteamiento inicial, nos propusimos trabajar en distintos ejes que pasaban por el institucional, el ciudadano, el histórico-académico y, cómo no, el cultural.

Septiembre de 1999 fue nuestro primer acuerdo, el cimiento de la conmemoración y 2006, déjenme que se lo diga como Aparejadora que soy, cuando llegamos a la última planta de nuestro edificio y cubrimos aguas.

Habíamos obtenido de la Unión de Ciudades Capitales Iberoamericanas de la Cultura el compromiso de que Cádiz, en 2012, sería la Capital Iberoamericana de la Cultura,

distinguiéndonos así en una ya larga relación de Capitales de Estado que habían venido ostentando con anterioridad dicha condición y convirtiéndonos para ello en la primera ciudad que, sin serlo, sin ser Capital de Estado debo decir, íbamos a ser Capital Iberoamericana de la Cultura. Ya teníamos a América en casa, que era lo que habíamos estado buscando. Ya teníamos de nuevo la oportunidad del reencuentro, de la reunión, como gusta tanto de decirse en el articulado de nuestro preciado primer Código de Leyes.

Y entonces respiramos, cogimos aire de nuevo para enfrentarnos a la gran tarea de la Conmemoración, porque podíamos añadir al hecho histórico constitucional el sueño del reencuentro hispano americano.

Todo empezó a animarnos desde entonces cada vez más. Cada día, veíamos en los grupos de trabajos que habíamos formado la importancia de la fecha y la condición del reencuentro. Se trataba de agasajar nuestra propia historia, sí, pero se nos brindaba la oportunidad de hacerlo en común con nuestros hermanos americanos después de esos dos siglos de independencia que nos separaban, ya que, desde un principio, nuestra voluntad había sido la de contar con América para la celebración de dos siglos de una historia común, que en lo común tenía el origen de un texto libertador y en lo dispar un rosario encadenado de sentimientos, vivencias y hasta de relaciones familiares que anudaban ambas orillas de nuestra separación.

Valoramos, en todo lo que pudimos, cómo debíamos acercarnos de nuevo a esa historia de celos con un instrumento limpio, rico y generoso. Una herramienta que no despertara envidias ni celos que deberían quedar enterrados. Y ese instrumento, esa herramienta, no podía ser otra que la Cultura. Y fue, precisamente, a través de la Cultura, de esa diplomacia cultural, como Cádiz, Capital Iberoamericana de la Cultura en 2012, pudo volver a reencontrarse con los puertos y ciudades de los que nunca debió alejarse. Estábamos seguros de que, con esa carta de presentación, nuestro objetivo sería fácil de alcanzar.

Sólo en 2012 esta ciudad pudo gozar de treinta y ocho exposiciones del más alto nivel de artistas iberoamericanos. Doce de ellas, coincidiendo con la celebración, dentro de estas murallas centenarias, de la vigésimo segunda Cumbre Iberoamericana de Jefes de Estado y de Gobierno, el acontecimiento de mayor categoría internacional que esta ciudad haya celebrado en los últimos siglos y, sin duda, el momento en el que mayor número de miradas concentramos en este trozo de tierra anclada al mar atlántico.

Pero antes de que todo esto pasara, se desarrolló un descomunal trabajo de hombres y mujeres que nos embarcamos en eso que entonces parecía una utopía y ahora es una realidad.

Cádiz volvió a sonar en la redacción de los periódicos americanos, como también en los estudios de las televisiones internacionales. Ocupamos páginas, minutos de televisión y de radio y buena parte del ciberespacio en esos días en los que Cádiz volvió a ser la ciudad más americana de Europa y más europea de América.

La cultura nos permitió eso y más. Nos permitió hacer ver a muchos que habían tirado ya la toalla que Cádiz podía servir de sede de encuentro entre América y España en esta nueva era del comercio, la tecnología, las redes sociales y las nuevas relaciones entre hombres y mujeres de todo un mundo.

Nos permitió mostrar que el Doce no tenía por qué ser sólo la conmemoración de un texto constitucional, sino también la celebración de dos siglos de una aventura que comenzó en Cádiz con ese soplo de libertad. Un soplo que propiciara, precisamente a través de nuestro mar común, que pudiera llegar al Continente americano un espíritu de liberación.

Ese espíritu de colaboración entre hombres y mujeres de aquí y de allá fue renovado constantemente durante el Doce, sí, pero sobre todo en esos años previos en los que se organizaron un sinnúmero de eventos, encuentros, congresos y actividades de todo tipo, de entre los que me gustaría destacar, por lo que de gratificante tuvieron, aquellos Congresos Escolares en los que jóvenes de todos los colegios e institutos de nuestra ciudad ponían en común sus preocupaciones, sus inquietudes, sus afanes y sus proyectos de futuro, compartiéndolos en sus últimas ediciones con escolares de su misma edad que a Cádiz para ello vinieron de tantos países iberoamericanos.

Una generación de jóvenes gaditanos que empezó a sus doce años su primer Congreso y que compartió, ya a sus dieciocho años, sus últimas ediciones con los escolares del otro hemisferio, unos jóvenes que alcanzaron su mayoría de edad conociendo y debatiendo los puntos para ellos más importantes que merecían ser discutidos. Han sido las generaciones de los Bicentenarios, la generación gaditana del Bicentenario de la Constitución de 1812 y las generaciones americanas de los Bicentenarios de sus independencias, quienes se han convertido en los nuevos pobladores de ambos hemisferios.

Y ese es y debe ser el Legado del Bicentenario, la nueva manera de entender nuestro futuro común como sociedad iberoamericana a través de la nueva mirada de las generaciones de los Bicentenarios

Basado en ese trabajo previo, y sobre todo en la gran repercusión de Cádiz durante los días de la XXII Cumbre y durante todo el año, esta ciudad tiene ahora la oportunidad y, sobre todo, los contactos y la siembra realizada, para convertir ese cúmulo de entramados en una plataforma de expansión y de desarrollo.

Una plataforma de enriquecimiento, ya no solo social y cultural, como pretendimos en los años previos al Doce, sino un enriquecimiento —¿por qué no?—, igualmente en lo económico y en las posibilidades que para todos pueda ofrecerse por este reencuentro.

Poder volver a nuestra vocación comercial, a nuestro espíritu fenicio de audaces comerciantes, para reclamar lo que la historia nos ofrece. Recuperar la bandera del puerto de entrada de América en Europa, de Europa en África, del Mediterráneo en el Atlántico y viceversa, de nuevo un Cádiz de ida y vuelta en el que poder trabajar por ese papel singular en las relaciones comerciales de medio mundo, ya que tenemos los instrumentos físicos, las infraestructuras y las potencias de dos puertos y un aeropuerto, espacios con futuro en las Bahías de Cádiz y de Algeciras como para poder pensar que podemos y debemos esforzarnos por aprovechar este momento de sublimación del espíritu hispanoamericano del encuentro, el abrazo que nos dimos en 2012 los hijos de aquellos españoles de ambos hemisferios que hicieron para el Mundo aquella “Constitución de Libertad”.

No brindo a la ciudad una utopía, ni pretendo, al invocar este ideario del Legado del Bicentenario, ocupar competencias que a otras instituciones le están conferidas por Ley, no.

El pensamiento que, humildemente, en este marco hispano americano les expongo, Excelentísimos e Ilustrísimos Señores Académicos, Señoras y Señores, es el de aprovechar una oportunidad para cubrir una necesidad desde el concepto de ciudad y con los instrumentos que en la Historia nos hayan podido ser favorables en épocas anteriores.

Sálvense las cuestiones internacionales por quienes nos gobiernan y sean atendidas las razones diplomáticas por aquellos a quienes hemos querido encargarles constitucionalmente esta función, pero no desaprovechemos los brazos que, desde tantas y tantas Instituciones y ciudades, nos han sido tendidos, no desaprovechemos este fastuoso caudal que durante estas celebraciones del Bicentenario de la Constitución de 1812 y de la Capitalidad Iberoamericana de la Cultura ha venido nutriendo nuestra historia reciente como maná renovador para nuestra propia supervivencia como ciudad.

Señoras y Señores, en Cádiz, fundación fenicia, municipio romano y frontera de la Cristiandad, se ve América en su paisaje urbano, de la misma manera que Cádiz se ve en Cartagena de Indias, en La Habana o en San Juan de Puerto Rico.

Compartimos con la Ciudad hermanada de México, por ejemplo, el mismo reto que emprendimos nosotros hace más de una década: rehabilitar su casco histórico sin que quede despoblado o apreciamos en tantas y con tantas ciudades americanas y filipinas la misma traza urbana de templos o fortalezas y, lo que es mejor, después de estos doscientos años, tanto los de allí, como los de aquí, lo hemos podido comprobar y así nos lo hemos reconocido.

Este ha sido el mejor resultado de nuestro encuentro en el año del Bicentenario y de la Cultura y esto es lo que 2012 nos ha dejado como legado que no podemos desperdiciar, que esta ciudad nuestra ha vuelto a servir como lugar de encuentros.

Nuestro compromiso debería perseguir ese objetivo. Cultivar, al mismo tiempo, las relaciones con las ciudades y la gente de América, especialmente después de esta gran reunión de 2012, recordando lo que dijera John Donne hace varios siglos, que “ningún hombre es una isla en sí mismo, que todos formamos parte de un continente que es la humanidad”.

Yo les digo, no solo como Alcaldesa de esta ciudad ni tan siquiera como persona comprometida con la cosa pública desde hace ya muchos años, sino como miembro de esta noble Institución que en este día me ha hecho el imponderable honor de recibirme entre su Cuerpo Académico, que para mí Cádiz nunca será una isla porque estará siempre ligada a América.

Que sueño, y pondré todo mi empeño, en que en este lugar de encuentros que es nuestra ciudad, fiel al Legado del Bicentenario, podamos volver a ser y mostrarnos como esa mano amiga que siempre estará pendiente de aquellas otras que se nos tiendan desde el otro lado del Océano; que mantengamos, con las naturales circunstancias políticas y soberanas propias de cada nación que nos distinguen, aquel espíritu de comunidad que invocaba el primero de los artículos de nuestra venerada Constitución al soñar con la reunión de quienes viviéramos en ambos hemisferios. He dicho.

*Salón Regio de la Diputación de Cádiz,  
25 de octubre de 2013*